

LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN FRANCIA*

François Dosse**

El historiador no escapa a su época y las cuestiones que plantea al pasado tienen a menudo sus fuentes en la contemporaneidad. Por haber abandonado esta dimensión esencial de la función histórica, la escuela que ha ocupado una posición hegemónica en Francia desde los años cincuenta, la escuela de los *Annales*, está hoy en crisis y a punto de estallar. Sus dos padres fundadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, definieron su programa de renovación del discurso histórico privilegiando la historia del presente, iluminando la actualidad por el historiador. Pero la respuesta al desafío durkheimiano, luego estructuralista, hizo abandonar progresivamente esta ambición en beneficio de la larga duración, de las inmovilidades y permanencias históricas descubiertas gracias a las técnicas cuantitativas. El historiador ha abandonado, pues, el presente al cronista, al periodista, para dedicarse al tiempo menos bullicioso de las Edades Media y Moderna.

Asistimos hoy a una vuelta bastante espectacular y a una recuperación de la dignidad de esta historia contemporánea. Esto no significa, sin embargo, que no se tengan en cuenta algunas aportaciones esenciales de la investigación histórica de estos últimos años, aunque algunas empresas hayan optado por lo más fácil al continuar sin más con la manera positivista con que se trataba la historia antes de los *Annales*.

Hoy el campo de investigación de los historiadores es tan movedido que libera de la apuesta de señalar fronteras bien visibles entre las diversas vías

* Traducción de José Luis DE LA GRANJA y Ricardo MIRALLES.

** Autor de *L'histoire en miettes, des Annales à la nouvelle histoire*. La Découverte, Paris, 1987 (traducción española: *La historia en migajas*. Alfons el Magnanim, Valencia, 1988), y de *Histoire du structuralisme*. La Découverte, Paris, 1991-92: Tomo 1, 1945-1966. *Le Champ du signe*: Tomo 2, 1967 à nos jours. *Le Chant du cygne*.

y modos de escribir la historia contemporánea. No obstante, podemos apuntar algunas orientaciones diferentes de la investigación histórica.

El retorno de lo político

Lo que predomina es sin lugar a dudas el retorno de lo político, que fue el gran terreno abandonado por la tradición de los *Annales*, que lo consideraba dependiente de lo singular, de lo accidental, de lo cual debía precaverse científicamente el historiador para consagrarse a lo contrario, a lo que dura. La genealogía de lo nacional según Lavissee fue sustituida por una genealogía de lo social, a menudo economicista. Se asiste hoy, por contra, a una renovación evidente de la historia política, cuyo iniciador en Francia fue René Rémond con la publicación de su tesis sobre *La droite en France* (1954). En la actualidad, alrededor de él, de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas y de la Universidad de Nanterre o del Instituto de Historia del Tiempo Presente, ha nacido una nueva historia política, enriquecida con las aportaciones de un diálogo fecundo con las otras ciencias sociales, en especial con los politólogos, la sociología electoral y los juristas.

En este sentido, la publicación reciente, en 1988, de una obra colectiva bajo la dirección de René Rémond, *Pour une histoire politique* (Le Seuil), es sintomática de este viraje de la coyuntura historiográfica. Las lecciones de la *nouvelle histoire* han sido recogidas por los autores de las doce contribuciones de la obra. En ella se concibe lo político en un sentido que abarca el estudio de las palabras, las manifestaciones y los mitos fundadores de lo imaginario social y se presta una atención minuciosa a las fluctuaciones electorales. René Rémond constata: «La historia política conoce un asombroso regreso de fortuna, cuya importancia no han percibido siempre los historiadores». Jean-Pierre Azéma traza el panorama de las concepciones de la guerra en sus relaciones con la racionalidad y la violencia. Las elecciones, los partidos, las biografías, la opinión, los medios de comunicación, los intelectuales, las ideas políticas, las palabras, la religión en su relación con la política, las relaciones entre política interior y exterior, son estudiadas sucesivamente por René Rémond, Serge Bernstein, Jean-Pierre Rioux, Philippe Levillain, Jean-Jacques Becker, Jean-Noël Jeanneney, Jean-François Sirinelli, Michel Winock, Antoine Prost, Aline Coutrot y Pierre Milza. De ello resulta que lo político fecunda de nuevo el campo histórico, pero con una mirada nueva y como lugar de gestión de la sociedad global, no como subcontinente desconectado de la historia social.

La extensión de lo político al campo de lo imaginario ha tenido como pionera la obra de Maurice Agulhon, con su concepto clave de sociabilidad¹. Definida como «una aptitud a vivir en grupo y a consolidar los grupos me-

¹ M. AGULHON, *La République au village*, Le Seuil, 1979.

dian­te la cons­titución de aso­cia­cio­nes volun­ta­rias» por Maurice Agulhon, la so­cia­bi­li­dad ha ofre­ci­do un am­plio cam­po nue­vo a la in­ves­ti­ga­ción, que ilus­tra la re­ci­ente apa­ri­ción de *Histoire vagabonde*², li­bro que re­co­pi­la una vein­te­na de ar­tí­cu­los del pe­rí­o­do 1968-1987. In­sa­tis­fe­cho con la his­to­ria po­lí­ti­ca tra­di­cio­nal, Maurice Agulhon es­cru­ta en pro­fun­di­dad los fun­da­men­tos del ci­vi­smo y del re­pu­bli­ca­ni­smo en el tran­sur­so del si­glo XIX. Por de­trás de las le­yes y la es­ce­no­gra­fía de la cas­ta de los po­lí­ti­cos, sa­ca a re­lucir una cir­cu­la­ción más sub­ter­rá­nea, la que man­tiene una re­la­ción de adhe­sión con to­da una de­mos­tra­ción de la fe re­pu­bli­ca­na al­re­dor de una es­ta­tu­a­ria es­pe­cí­fi­ca, de in­scri­p­cio­nes y fue­n­tes que per­miten la reu­nión y la ex­pre­sión de un fe­vor co­lec­tivo.

Al­gu­nos han apro­ve­cha­do este re­tor­no de lo po­lí­ti­co para qui­tarse el las­tre de las ba­ses eco­nó­mi­cas y so­cia­les y con­fi­nar­se en una lec­tura es­tre­cha­men­te po­li­ti­sta. Sin em­bar­go, éste no es siem­pre el ca­so: por ejem­plo, cuan­do Blandine Barret-Kriegel (PUF) se in­te­resa por el dis­cur­so his­tó­ri­co con­fron­ta­do al po­der, o cuan­do Colette Beaune es­tudia la *Naissance de la nation française* (Gallimard), se está le­jos del dis­cur­so tra­di­cio­nal. Por con­tra, la *Histoire de France-Hachette* re­ve­la con es­tré­pi­to el re­greso de la *maison-France** en el sen­tido más tra­di­cio­nal, la vic­to­ria póstu­ma del vie­jo ma­es­tro Lavis­se. En ella se re­en­cuen­tran las gran­des cró­ni­cas de Fran­cia, cuya fun­ción fue le­gi­ti­mar el po­der real vi­gen­te a par­tir de una na­ción-anun­cia­ción. Es una his­to­ria-espe­jo de la ra­zón de Es­tado de una Fran­cia en­car­na­da por las di­nas­tías su­ce­si­vas. Las gran­des ba­ta­llas re­to­man su lu­gar, con­tes­ta­do has­ta aho­ra, y qui­enes res­tauran su im­por­tan­cia son aque­llos que la con­tes­ta­ban ayer.

Esta his­to­ria es­tre­cha­men­te po­lí­ti­ca se abre so­bre la di­men­sión de una es­cri­tu­ra más con­cep­tual con François Furet, quien dirige desde 1984 el In­sti­tuto Raymond Aron, don­de se codea con to­da una red de filó­so­fos con los cua­les ha co­lo­ra­do para pu­bli­car con Mona Ozouf el *Dictionnaire critique de la révolution française* (Flammarion, 1989). Su pro­ble­ma­ti­za­ción del pe­rí­o­do se salda con el ele­va­do pre­cio del aban­dono de to­da la di­men­sión eco­nó­mi­ca y so­cial de la his­to­ria. Así, su enor­me *Dictionnaire* no con­tiene ni si­que­ra una voz, en mil pá­gi­nas, para la bur­guesía o para el ca­pi­ta­li­smo. La his­to­ria so­cial ha si­do sen­cilla­men­te des­pe­di­da de él.

Este re­tor­no de lo po­lí­ti­co devuel­ve so­bre la es­ce­na de los *média* y de las cró­ni­cas es­ti­va­les de *Le Monde* a los his­to­ria­do­res de las Ci­en­cias Polí­ti­cas. René Rémond se ha con­ver­ti­do en el más ex­per­to co­men­ta­ri­sta de las ve­la­das elec­to­ra­les en la te­le­vi­sión, Michel Winock nos cuen­ta 1789 al de­tal­le, Jean-Pierre Azéma nos hace re­vivir las ho­ras som­brías de 1939 con ocasión del 50.^o anive­rsario y Jean-Pierre Rioux anima *XX siècle. Revue d'histoire*, di­fun­di­da por la Editorial de la Fun­da­ción de Ci­en­cias Polí­ti­cas.

² M. AGULHON, *Histoire vagabonde*, Gallimard, 1988, 2 vols.

* Ex­pre­sión equi­va­lente a iden­ti­dad na­cio­nal. (Nota de los tra­duc­to­res).

Su ambición común es iluminar la densidad temporal de los envites del presente. En ella el lugar otorgado a lo político es predominante, sin postergar por ello la interrogación problemática en beneficio del simple relato cronológico.

El retorno de lo biográfico

El otro gran ídolo de la tribu de los historiadores que había sido eliminado radicalmente del discurso histórico científico de los *Annales* siguiendo los consejos del durkheimiano François Simiand en 1903, es el ídolo biográfico. Ahora bien, en el último decenio la historia se escribe cada vez más en singular y la historia biográfica conoce un resurgir espectacular. El éxito resonante en 1975 de Paul Murray Kendall con su *Louis XI* (Fayard) ha despertado vocaciones reprimidas. El milenario del advenimiento de los Capetos y el contexto individualista han hecho el resto para volver a poner de moda un género hasta entonces particularmente desacreditado y dejado a los «historiadores de domingo». Todas las escuelas han exhumado con el mismo vigor la biografía. Desde hacía mucho tiempo Jean Lacouture se había distinguido en este género dentro del dominio de la historia contemporánea con sus libros sobre *Blum*, *Malraux*, *Mendès-France*, *De Gaulle...* Contamos hasta el momento con cerca de dos mil obras publicadas sobre el general De Gaulle y el centenario de su nacimiento ha ofrecido aún una abundante cosecha sobre el personaje.

La *rentrée* literaria del otoño de 1990 ha permitido todavía medir la amplitud del fenómeno del regreso sobre lo biográfico con las publicaciones de la biografía de *Alexandre III* por Henri Troyat (Flammarion), de *Staline* por Dimitri Volkogonov (Flammarion), de *Mazarin* por Pierre Goubert (Fayard), de *Kantorowicz* por Alain Boureau (Gallimard) o incluso con el *Hitler* de Martin Steinert (Fayard). En este concierto, reencontramos hasta los historiadores de los *Annales*, escuela nacida en contra del género biográfico: Marc Ferro ha publicado recientemente un Pétain, Jacques Le Goff prepara un *Saint-Louis* y Pierre Chaunu un *Calvin...*

Sin duda alguna, el individuo y lo biográfico constituyen el mínimo común denominador de todos los historiadores que se reencuentran por encima de sus divisiones políticas y teóricas. Este retorno sobre el Otro como singular se redobra con un interés autobiográfico, con una interrogación sobre sí mismo que el historiador Pierre Nora ha experimentado recientemente sobre la misma tribu de los historiadores definiendo desde 1985 un género nuevo con la Ego-historia. El historiador asume plenamente en este caso su situación de sujeto investido en el presente y no se eclipsa ya detrás de la pretendida neutralidad científica. Las delicias del ego dan lugar incluso a una obra presentada por Pierre Nora, quien reúne en esta ocasión ego-historias de algunos historiadores aplicándose a sí mismos un método probado

ampliamente sobre los otros para hacer más transparente la relación de la historia que se escribe con la que se educa la mirada del historiador³.

Esta preocupación de sí mismo permite elucidar los grandes *topoi** de la consciencia histórica de una generación. No estamos ya en el tiempo en que, como recordaba Marc Ferro, se celebraba no hace mucho un gran coloquio internacional sobre la revolución de 1905, en el cual ninguno de los treinta participantes hizo una comunicación sobre Nicolás II; o en un coloquio anterior dedicado al gobierno de Vichy, en el transcurso del cual ni se habló de Pétain.

Regreso sobre la identidad nacional

Durante los años ochenta tiene lugar en Francia un gran debate sobre la enseñanza de la historia, sobre la pérdida de las grandes referencias históricas y la disolución de la memoria nacional en beneficio de una historia hecha añicos. El presidente de la República, François Mitterrand, se manifiesta en él y participa sus inquietudes. Los historiadores vuelven a centrar su discurso sobre la nación y hasta el historiador Fernand Braudel, especialista de los grandes espacios, de las economías-mundos fuera de los marcos nacionales, escoge el marco nacional como último objeto de investigación. En 1986 publica *L'identité de la France*, que comienza con una profesión de fe: «Lo digo de una vez por todas: Amo Francia con la misma pasión, exigente y complicada, que Jules Michelet»⁴, precisando que esta pasión será mantenida al margen en su estudio. Ver al papa de la *nouvelle histoire* reencontrar el marco de las fronteras nacionales es algo sorprendente, incluso si los *Annales* nunca desertaron de verdad del territorio francés, pero aplicándose más a monografías locales y abandonando el horizonte del Estado-Nación. Asistimos, pues, a un verdadero regreso de lo rechazado.

Por su parte, Pierre Nora reencuentra también el camino del retorno a la identidad nacional, incluso si se trata de una historia que quiere ser renovada y tiene por objeto la memoria. Comienza la publicación de una enorme empresa colectiva a partir de 1984 con *Les lieux de mémoire* (Gallimard). Pierre Nora presenta este nuevo interés por la memoria y sus lugares como la expresión misma del agotamiento de la historia, el síntoma de un período post-histórico en el cual «la razón fundamental de ser de un lugar de memoria es parar el tiempo, bloquear el trabajo del olvido, fijar un estado de cosas...»⁵.

³ P. NORA, *Essais d'ego-histoire*. Gallimard, 1987. Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, René Rémond, reunidos y presentados por Pierre Nora.

* Palabra griega que quiere decir tópicos o lugares comunes. (Nota de los traductores).

⁴ F. BRAUDEL, *L'identité de la France*. Flammarion, 1986, p. 9.

⁵ P. NORA, *Les lieux de mémoire. La République*. Gallimard, 1984, XXXII.

Dos miembros del comité de dirección de los *Annales*, André Burguière y Jacques Revel, también se han incorporado recientemente a la vuelta a Francia dirigiendo otra empresa colectiva, cuya aparición ha comenzado a principios del año 1990 con una *Histoire de la France*, cuya orientación permanece fiel a la de la escuela de los *Annales* de la última generación, limitando su propósito al marco nacional⁶. Esta historia no es la historia reconocimiento, legitimación a posteriori, tal como la escrita por Ernest Lavisse; le opone las adquisiciones de la investigación historiográfica, y así sitúa el Rin no como frontera natural entre Francia y Alemania sino como raya de unión entre las poblaciones de ambas orillas, como ya lo había mostrado precisamente Lucien Febvre. La concepción del poder que resulta del volumen dirigido por Jacques Le Goff permite tener en cuenta representaciones, sueños, símbolos y el imaginario colectivo, en estrecho contacto con la historia real de los soberanos y del pueblo. La historia de las mentalidades en boga desde los años setenta está aquí en el centro del análisis y el desfile de dirigentes y soberanos está tomado a través de toda la simbología del poder que manejan en su propio provecho.

Pero detrás del repliegue al interior de las fronteras nacionales, la historia-batalla tradicional, la de Ernest Lavisse, no está lejos, como se puede juzgar con la publicación sorprendente de la *Histoire de France-Hachette*, cuyos dos primeros volúmenes han aparecido a finales del año 1987 bajo la dirección de dos historiadores de los *Annales*: Georges Duby y Emmanuel Le Roy Ladurie. Los siguientes están escritos también por historiadores de la misma escuela: François Furet, el volumen consagrado a la Revolución, y Maurice Agulhon, el que tiene por objeto la República. Extraña ver a historiadores que hasta ese momento se han batido contra la escuela positivista, llamada historicista con el mayor desprecio, volver a una aproximación lavissiana de la historia. En ella Francia encuentra su inicio. Nos perdíamos en conjeturas sobre los orígenes troyanos, galos o francos y descubrimos con ocasión del milenario capeto que Francia nace con Hugo Capeto en 987, ¡justo hace mil años! Reencontramos allí las etapas de las grandes crónicas de Francia, cuya función es legitimar el poder real vigente a partir de una nación-anunciación, verdadera leyenda de siglos como recientemente lo ha mostrado con acierto y minuciosidad la historiadora Suzanne Citron en su último libro *Le mythe national*⁷.

Esta mitología, que percibe la realidad a través de una fetichización de la realidad nacional, está hoy más que nunca al día en toda una corriente de revisión de la historia colonial. Esta corriente rompe radicalmente con el discurso tercermundista que fue la corriente dominante de los años sesenta y

⁶ *Histoire de la France*, bajo la dirección de André Burguière y de Jacques Revel, Le Seuil, 1989: Tomo 1, bajo la dirección de J. Revel, *L'espace français*; Tomo 2, bajo la dirección de J. Le Goff, *L'Etat et les pouvoirs*.

⁷ S. CITRON, *Le mythe national*, EDI, 1987.

propone una nueva lectura del pasado colonial de Francia. Apunta a disculpar a la metrópoli y a ofrecer un balance globalmente positivo de lo que se percibe como una aportación de los colonos a los colonizados.

Un síntoma de esta evolución es la muy reciente aparición de un gran fresco colectivo sobre la historia colonial francesa⁸. Es una historia centrada sobre la metrópoli colonial. Ciertamente, la obra acusa con acierto algunos mitos, algunas cifras exageradas como la de los 45.000 muertos de Sétif en Argelia en 1945, y lo que fue calificado de «genocidio francés en Argelia», pero ¿es esto motivo suficiente para hacer el balance global de la colonización sin tener en cuenta su dimensión ética, su dimensión de explotación, de dominación y de ignorancia del otro en su alteridad?

Las empresas pioneras

Una empresa más innovadora se ha abierto recientemente con la historia intelectual, la cual no es una simple reedición de la historia de las ideas ya que ha encarnado en instituciones y ha sido puesta en relación con sus soportes de difusión. Cabe señalar, entre otros, los trabajos de Roger Chartier, *Histoire de l'édition française* (Promodis), de Jean-François Sirinelli sobre los *khâgnes** en el período de entreguerras⁹, o de Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France de l'affaire Dreyfus à nos jours* (A. Colin).

En estas obras, la atención de los historiadores se centra tanto en el comportamiento de los actores de la vida intelectual como en las producciones de sus actos o en sus obras. Así describe Jean-François Sirinelli el itinerario político-intelectual de una generación bien definida, nacida alrededor de 1905, que se educa en los años veinte en las clases preparatorias de la escuela normal superior, los *khâgnes*. Y así vemos codearse a Jean Paul Sartre con Raymond Aron, Claude Lévi-Strauss, Maurice Merleau-Ponty, Georges Canguilhem y Jean Cavailles, lo que lleva al historiador a preguntarse por qué esta generación fue la primera en comprometerse activamente, ya que la intervención de los intelectuales en la vida pública era excepcional, pese al caso inaugural del *affaire Dreyfus*. Sirinelli da una atractiva respuesta con su concepto de generación, no limitada a un fenómeno biológico de edad, sino que se articula en torno a acontecimientos fundadores de una identidad histórica para un grupo en apariencia heterogéneo en sus tomas de

⁸ *Histoire de la France coloniale*, de Jean MEYER, Jean TARRADE, Annie REY-GOLDZEIGER, Jacques THOBIE, Gilbert MEYNIER, Catherine COQUERY-VIDROVITCH y Charles Robert AGERON, A. Colin, 1991: Tomo 1, *Des origines à 1914*; Tomo 2, *1914-1990*.

* Se dice, familiarmente, de los alumnos de segundo año de la clase preparatoria de acceso a la Escuela Normal Superior (especialidad de letras). (Nota de los traductores).

⁹ J. F. SIRINELLI, *Génération intellectuelle*. Fayard, 1988.

posición, y que para el caso estudiado se trata de la Primera Guerra Mundial, acontecimiento particularmente traumático. La segunda intuición de esta demostración es la homogeneización a partir del molde común de los *khâgnes* y de la escuela normal superior de la calle Ulm.

Este análisis de la historia de las ideas en su contexto material, socio-cultural, ha tenido un iniciador en Carlo Ginzburg, *Le fromage et les vers* (Flammarion)*. Dando cuerpo al pensamiento de un molinero del siglo XVI, teoriza este tipo de relato como el surgimiento de un género nuevo, la microhistoria, que permite desvelar el enraizamiento de los sistemas de pensamiento religioso en la sensibilidad popular. Esta aproximación historiográfica, al margen de las esferas del poder, ha sido retomada hoy por la historiadora Arlette Farge, que ha trabajado sucesivamente con Jacques Rancière y con Michel Foucault. Esta historiadora se ha consagrado a exhumar los acontecimientos más minúsculos de la vida cotidiana a través de una inmersión en *L'archive* (Le Seuil).

Otra gran empresa innovadora, que una vez más permite ampliar las fronteras de la historia, acaba de ser abierta, fruto de un inmenso trabajo colectivo en torno a la historiadora Michelle Perrot, que acaba de publicar los dos primeros volúmenes de una *Histoire des femmes* bajo su dirección y la de Georges Duby, en la editorial Plon. En el origen de esta *summa* histórica, que permite a la mujer salir de ese mundo de silencio en que se la había encerrado, prisionera de los discursos que los hombres desarrollaban sobre ella, definiendo lo que debiera ser su verdadera naturaleza, está el seminario que inicia sobre el tema, en 1973, en la nueva Universidad parisina de Jussieu Paris VII, Michelle Perrot: «¿Tienen historia las mujeres?». En medio de un clima que prolonga los efectos del 68 y que revoluciona la relación hombre/mujer, se constituye entonces en torno a M. Perrot un grupo de historiadores y de sociólogos, en pos de nuevas fuentes.

En este momento decisivo la reflexión tuvo un punto de inflexión hacia el redescubrimiento de los exilados de la Historia, de los excluidos, de los silenciosos, de las culturas oprimidas. Esta primera etapa de la historia de las mujeres consistió en otorgar la palabra a las mujeres olvidadas, en restituirles una imagen. Esta salida del rechazo fue la fase polémica de esta historia, que denunció las empresas de dominación del poder masculino. La cultura femenina que alumbró fue una cultura en negativo, marcada trágicamente por la acción del Otro: las mujeres violadas, golpeadas, explotadas... Pero quedaba por construir una historia en positivo a partir de una iniciativa historiográfica más elaborada, más dinámica, menos encerrada en sí misma, en sus objetivos iniciales de combate militante: una historia concebida como piedra de toque en la comprensión de una historia global. La em-

* Hay traducción en castellano: C. GINZBURG, *El queso y los gusanos*, Muchnick Editores, Barcelona, 1981. (Nota de los traductores).

presa editorial de Michelle Perrot corresponde a este estadio, al de la serenidad de un frente pionero que ha avanzado a paso de gigante en la constitución de un amplio corpus de textos y representaciones.

Una historia social renovada

La gran víctima de la vuelta de lo político y de lo biográfico, ha sido esa historia social impulsada por la primera generación de *Annales* desde 1929 y proseguida después por Fernand Braudel, hasta el punto de que François Furet ha proclamado su muerte y propuesto una lectura de la revolución francesa estrechamente politista.

No obstante, hoy asistimos a un cierto renacimiento de esta historia social sobre bases renovadas. Durante mucho tiempo ésta fue confundida con la historia obrera. Fue precisamente el padre del gran *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*. Jean Maitron, quien fundó en 1960 la revista *Le Mouvement Social*. En línea con la perspectiva de los trabajos impulsados en los años cincuenta y sesenta por Ernest Labrousse. Esta historia social había tomado prestados los métodos cuantitativos de la historia económica y ambicionaba reconstruir los diversos estratos sociales de la sociedad francesa en un cuadro esencialmente provincial. Aquí también, el diálogo con la sociología, los politólogos, los lingüistas, ha permitido abrir el horizonte de esta historia social a una reflexión sobre los discursos y sus interacciones con las prácticas, sobre la dimensión estratégica del modo de posicionamiento de las diversas categorías sociales.

Después de una época en que la historia social fue especialmente tributaria de la historia económica, cuando esta última era considerada como determinante en última instancia, hoy tiende a autonomizarse para aproximarse más a la sociología y a la etnología, ocupándose de todos los dominios, tanto si es la ciudad como la empresa, las relaciones entre los sexos o las prácticas simbólicas. Más que con la singularidad de su objeto, la historia social se identifica hoy con un modo de problematización particular. Es en esta perspectiva en la que el historiador Gérard Noiriel define lo que él llama una «aproximación subjetivista a lo social»¹⁰. Noiriel sitúa su intervención en la estela trazada por la epistemología práctica de Lucien Febvre para contribuir al éxito de la historia social de manera completa, recordando las palabras de éste cuando escribía, en 1960, que aunque se haya hecho la teoría de la historia no se ha hecho su sociología. El paradigma subjetivista debe permitir, en este sentido, tener en cuenta lo que ha dejado fuera la aproximación puramente cuantitativista. Esto permitirá traer al primer plano

¹⁰ G. NOIRIEL, «Pour une approche subjectiviste du social», en *Annales*, noviembre-diciembre 1989, pp. 1.435-1.459.

la noción de experiencia vivida, apartada durante mucho tiempo desde una perspectiva científica y mutiladora: «La aproximación subjetivista nos invita de este modo a realizar todo un trabajo crítico, dirigido a replantear las evidencias cotidianas, a ver en todas las cosas que nos parecen naturales un producto arbitrario de la historia social»¹¹. Esta historia social se abre, por tanto, a todo un trabajo consagrado a los modos de objetivación del saber, a las implicaciones del pasado sobre la sociedad actual. Al historizar sus materiales y sus métodos, el historiador social puede, además, evitar toda forma de naturalización de los objetos sociales.

Gérard Noiriel ha empezado a poner en práctica sus principios epistemológicos con el reciente lanzamiento de una nueva colección en ediciones Calmann-Levy, *Les temps qui courent*, que espera aclarar los retos del presente y responder a la función social de la historia. Acaba de publicar una arqueología del derecho de asilo en Europa que corrobora lo fecundo de la noción de Marcel Mauss del «hecho social total»¹². Al rechazar una aproximación puramente jurídica, Noiriel muestra hasta que punto las inflexiones en las prácticas del derecho de asilo dependen de la evolución de la sociedad en todos sus componentes, tanto económicos como simbólicos. En este sentido, el libro de Noiriel es también un manifiesto para otra historia, una historia global. Al escoger como objeto este problema capital que plantea la marea creciente de los refugiados políticos al ritmo de los grandes seísmos históricos, Noiriel recuerda la urgencia de un derecho sonoramente proclamado, pero, las más de las veces, contingentado en límites muy estrechos: el derecho de asilo. Recuerda la postura inaugural de Robespierre, en 1793, cuando proclama este derecho que no es aún sino la versión secularizada de la costumbre religiosa que protegía a los desgraciados contra todas las formas de opresión. Analiza la suerte que les espera a esos *infirmes du national** que son los refugiados, valorando la distancia existente entre las declaraciones de principios y la práctica. Discierne así un momento crucial alrededor de 1880-1890, ocasionado por el proceso de nacionalización de lo social, portador de una modernización de los medios de identificación de los individuos, a fin de poner en su lugar un espacio político homogéneo en el que se distingan los naturales nacionales de los extranjeros. En los lindes del bicentenario de este derecho, un nuevo viraje decisivo está en curso, que recuerda el fenómeno proteccionista de finales del siglo XIX, aunque situándose esta vez en el plano europeo. El aflujo de refugiados procedente de los países del Sur está hoy fuertemente limitado por la reactivación de todo un dispositivo puesto en pie desde finales del siglo XIX, con el añadido de la informática, para desanimar la llegada de más emigrantes.

¹¹ *Ibid.*, p. 1.453.

¹² G. NOIRIEL, *La tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe 1793-1993*, Calmann-Lévy, 1991.

* «Privados de lo nacional». (Nota de los traductores).

Esta historia social se ha abierto sobre todo en los últimos tiempos hacia una historia cultural que se ha convertido en la corriente dominante bajo diferentes denominaciones; en primer lugar, bajo la de historia de las mentalidades a partir de los años sesenta, la de antropología histórica después, y, finalmente, la de historia socio-cultural. Tributaria primero de los métodos y de la temporalidad larga de la historia económica, este tipo de historia se ha emancipado también de esta tutela. Primero se agarró a las ideas invariables, a lo que Ernest Labrousse designaba como las resistencias de lo mental, esforzándose en calificar sociológicamente los sistemas de creencias y las prácticas culturales. Tenía por objeto mostrar de qué manera la historia permitía comprender lo lento, los bloqueos del desarrollo económico, accediendo a las mentalidades colectivas presentadas en su faceta inmutable. Hace poco, la pertinencia de los tratamientos seriales, de los cortes de la historia cuantitativa, ha sido cuestionada «como una forma de objetivación empobrecedora»¹³.

La vuelta del sujeto, del ego, ha ido a la par de un movimiento de interrogación sobre las experiencias límite, los testimonios singulares fuera de las normas y de los medios estadísticos, lo que explica el éxito de la colección *Terre Humaine* en ediciones Plon. Por otra parte, la distinción al uso que opone una cultura de élite a una cultura popular aparece como demasiado simple en relación a las complejas imbricaciones de estos dos niveles, de los que no cabe dar cuenta si no es agarrándose a las articulaciones de lo singular y lo colectivo y evitando deducir sistemáticamente las prácticas culturales de su sustrato socio-profesional. La historia cultural se reformula, por tanto, a partir del juego múltiple de prácticas y de representaciones, a partir de un campo definido en su autonomía en relación a lo social, como queda ilustrado en las investigaciones de Roger Chartier sobre las diversas maneras de leer, sobre las modalidades de las creencias o los diversos usos del espacio.

Hay otra dimensión de la historia social que se desarrolla hoy y que enlaza con una de las grandes ambiciones no realizadas de la primera generación de *Annales*: la utilización del saber histórico en el seno mismo de las empresas, entre quienes deciden sobre la vida económica y social. En este ámbito se está produciendo una reevaluación de la imagen de los hombres de letras y el historiador, que durante mucho tiempo había quedado a una gran distancia en relación a los verdaderos actores sociales, se beneficia de esta salida del purgatorio. Hubo precursores, como es el caso notable del historiador Jean Bouvier que logró introducirse en los archivos del Crédit Lyonnais, sin saberlo la dirección de la empresa, pudiendo así defender una tesis que fue un hito sobre el tema.

Sobre el modelo americano de la revista *Public Historian*, editada por la Universidad de Santa Bárbara y destinada a promocionar a los historiadores

¹³ R. CHARTIER, en *L'histoire en France*. La Découverte, 1990, p. 92.

en el mundo de las empresas y de las grandes agencias públicas, Félix Torres y Maurice Hamon crearon en Francia, en 1983, el primer gabinete privado de historia. Defienden una concepción pragmática, funcional, del saber histórico y suscitan encuentros y una verdadera colaboración entre historiadores y dirigentes de empresa preocupados por su imagen en una sociedad en la que el mensaje cuenta a menudo más que el producto en sí mismo. Es así como pudo realizarse un primer gran encuentro en Blois, en primavera, con los dirigentes de Saint-Gobain¹⁴. Otras empresas están elaborándose y han dado ya lugar a un cierto número de resultados que dan fe de la fecundidad de este campo de investigación. Michael Miller ha obtenido permiso de los dirigentes de los grandes almacenes *Le bon marché*, conocido en el plano literario bajo el nombre que le dio Zola: «Le bonheur des Dames»¹⁵, para poder bajar a los sótanos de su pasado. Michel Dreyfus ha reconstruido las fuentes de esta historia social en una obra en la que figuran todas las actividades de los eco-museos, de las asociaciones, así como las riquezas de las bibliotecas municipales. Lo que da pie a exhumar toda una porción de la memoria hecha de las labores de los trabajos y los días, de las micro-realidades y de las especialidades locales: la del peine en Oyonnax, la de la alpargata en Saint-Laurent-de-Cerdans, la del papel pintado en Rixheim¹⁶. Como puede verse, la historia social no está muerta, en contra de los deseos de algunos que hubieran deseado arrojarla al cubo de la basura de los residuos de la historiografía de ayer.

El desafío revisionista: la voluntad de banalización del horror

Los años ochenta han quedado marcados por la acentuación de la crisis, por la ascensión de un sentimiento de inseguridad, por la impotencia de las terapias del poder político para remediar la crisis, por el agotamiento de las ideologías y el ascenso correlativo del individualismo, por el repliegue sobre uno mismo. En medio de este marco propicio para los demagogos, hemos asistido a un rebrote de la barbarie fascizante que se había hecho olvidar desde 1945. En el plano político, Francia vio renacer una extrema derecha vivaz que se ha instalado de manera estable en el paisaje político francés con un promedio electoral de un 15%. En este contexto, los colaboracionistas de ayer y sus jóvenes émulos de hoy han salido del silencio. Darquier de Pellepoix, de siniestra memoria, responsable de la cuestión judía en Vichy, declara en 1980 a *L'Express* que el Zyklon B empleado por los nazis en las

¹⁴ *Mémoire d'avenir. L'histoire dans l'entreprise*, de Maurice HAMON et Félix TORRES, Economica, 1987.

¹⁵ Michael B. MILLER, *Au Bon Marché (1869-1920). Le consommateur apprivoisé*, A. Colin, 1987.

¹⁶ M. DREYFUS, *Les sources de l'histoire ouvrière, sociale et industrielle en France (XIX-XX siècle)*, Les éditions ouvrières, 1987.

cámaras de gas no era más que un vulgar insecticida contra las pulgas. El neo nazi Marc Frediksen, por su parte, con motivo de su proceso ante el tribunal correccional número 17, se atreve a afirmar: «Los judíos han inventado su muerte» (!) Estas declaraciones abyectas han encontrado incluso un aval universitario en la tesis que defiende un especialista de Rimbaud y de Lautréamont, Robert Faurisson, y que a sí misma se califica de revisionista, en la que sostiene que los alemanes no utilizaron jamás las cámaras de gas para exterminios en masa.

Este desafío vergonzoso lanzado a la verdad histórica, verdadera ignominia arrojada a la cara de toda una generación herida por su paso por los campos nazis, encontrará enfrente a la corporación historiográfica para cerrarle el paso. Los trabajos sobre el período van a proliferar en el decenio de los años ochenta. Los historiadores multiplican los estudios para restituir la verdad de los hechos y los testimonios de los supervivientes se multiplican también. Pierre Vidal-Naquet jugará un papel de primer orden en esta contraofensiva historiográfica, multiplicando sus intervenciones y ajustando las cuentas a estos mercenarios en *Les assassins de la mémoire*, en 1987 (La Découverte). Los antiguos deportados han reagrupado sus recuerdos, como en el caso de los del campo de Oranienburg-Sachsenhausen, que han publicado su testimonio en la prestigiosa colección *Terre Humaine* (Plon), en 1982¹⁷. La obra —verdadera reconstrucción de la vida de mártires que sufrieron estos deportados a las puertas de Berlín—, en medio de otras muchas, reúne más de trescientos testimonios inéditos. Aparte del desarrollo bien conocido de la jornada del prisionero en el campo, aquél era considerado, en tanto que sede de la inspección general de todos los campos de concentración, un establecimiento piloto para experimentar en él los métodos de exterminio: camiones transformados en cámaras de gas sobre ruedas, tiro practicado con balas envenenadas sobre cientos de prisioneros... Llegada era la hora de reunir todos estos testimonios antes de que sus autores desaparecieran.

La vuelta sobre este período sombrío fue la ocasión también para destruir un cierto número de mitos, como el de la Francia resistente desde el mismo instante del llamamiento del 18 de junio de 1940. Henri Amouroux titula con precisión el primer volumen de su enorme fresco sobre la vida de los franceses bajo la ocupación *40 millions de pétainistes*, y los trabajos del historiador americano Paxton sobre Vichy, socavan la tesis del doble juego. Los historiadores franceses toman el testigo en los años ochenta: Henri Michel, Jean-Pierre Azéma, Pascal Ory, Yves Durand, Henry Rousso, han multiplicado los trabajos históricos sobre los diversos aspectos de la colaboración, la verdadera naturaleza del régimen de Vichy. Lo que se descubre es la historia de una quiebra moral, a la que, a veces, incluso, le cuesta trabajo abrirse paso por el peligroso camino de la verdad histórica, como lo prueban las

¹⁷ Amicale d'Oranienburg-Sachsenhausen, Sachso, «Terre Humaine», Plon, 1982.

dificultades que ha experimentado Pascal Fouché para acceder a las fuentes históricas de su obra, aparecida en 1987, sobre los editores franceses durante la ocupación¹⁸. No pudo acceder ni a los archivos del Círculo de librerías ni a los del Sindicato de los editores. Consiguió, sin embargo, suficientes fuentes y textos, para demostrar hasta qué punto la edición francesa se dejó manipular por el ocupante y de qué manera, de retroceso en retroceso, jugó perfectamente el juego que los nazis le habían asignado. Se sabe hoy, de manera incontestable, que la redada del Velódromo de Invierno fue obra de la policía francesa, bajo las órdenes de Vichy, que los niños fueron encaminados hacia la muerte por iniciativa del gobierno de Pétain ..., y tantas más revelaciones que contrastan con la visión heroica de la Francia resistente que prevalecía hasta ahora. El historiador halla con esta reevaluación su verdadera misión en este delicado trabajo que consiste en dilucidar entre el mito y la verdad.

Lo que está en juego no es el ser un conservatorio del pasado, porque éste sea una pieza esencial en la construcción de nuestro porvenir. Lo que queda es que la historia debe permanecer como una escuela de la vigilancia y un método de aproximación a lo real en su complejidad, sus contradicciones y, sobre todo, su globalidad, lo que no siempre es fácil en medio de una coyuntura que ha hecho prevalecer una historia hecha añicos, en migajas, que ha renunciado a menudo a alcanzar el horizonte de una historia total. Esta evolución ha revelado una verdadera crisis de identidad de la historia, en pos de su objeto y de la singularidad de su acción, crisis subterránea aunque enmascarada por el éxito siempre confirmado de su eco público.

El movimiento general que ha llevado al historiador a un repliegue sobre el individuo es el signo de una crisis profunda de la noción misma de historicidad, que le ha conducido a orientar sus interrogaciones sobre las representaciones en la historia, sobre ese corte infranqueable que traza en discontinuo nuestra relación con los diversos *Lieux de mémoire* (Pierre Nora, Gallimard) de una poshistoria, prolegómeno de una historia puramente interpretativa en una perspectiva genealógica.

¹⁸ P. FOUCHÉ, *L'édition française sous l'occupation*, Bibliothèque de littérature française contemporaine de l'université Paris VII, 1987.